

jadlo que ellos no vienen a tal hora. Pero perseverando los frailes en llamar, la hermana se levantó y cubrió, y fue para la puerta de la calle a abrirlas, conociendo bien que eran frailes. Como la hermana iba a obscuras, y Dios que lo quería así, nunca pudo atinar con la puerta de su casa. Los frailes perseveraban, diciendo: Abridnos, hermana, por amor de Dios, que perecemos aquí. La buena hermana, congojada de no topar con la puerta y lastimada de sentir los frailes con tal tempestad en la calle, fue a buscar el candil y tampoco pudo dar con él. Fuese para su cocina, para buscar fuego y no pudo atinar con el hogar, ni con cosa que buscaba. Bien se puede presumir que los demonios que siempre se ocupan en hacer mal y molestar a los santos y siervos de Dios, andarían aquí algo vivos y acelerados, buscando trazas y manera cómo esta mujer no llegase tan presto a abrir a los frailes, para que más padeciesen al agua, siendo muy posible que los hubiese procurado tentar aquel día de alguna tentación, de las que suele y que no hubiese hallado entrada para su mal intento; y viendo que no podía hacerles daño en el alma, procurase que entonces le recibiesen en el cuerpo, y como en esto tardaba tanto y los frailes compelidos por su necesidad insistiesen llamando, ella llorando dijo: Ay padres míos, que no atino con estas puertas, ni con cosa en mi casa. Oído esto por fray Martín, dijo: Jesús sea con nosotros. Fue cosa maravillosa que en el instante que el santo fray Martín nombró el dulcísimo y resplandeciente nombre de Jesús, entró un rayo de claridad, por entre las puertas adentro, tal, que alumbró toda la casa y la hermana se vido en ella como de día, y vio y dio con su candil y lumbre y puertas y abrió y metió a los siervos de Dios en su casa, alumbrada de la claridad divina, que le duró todo lo que le fue necesario para este efecto, que fue buen rato. Y no es mucho que el nombre de Jesús, que alumbrá las almas, que es la obra más hazañosa que Dios hizo, muriendo por ellas y sacándolas de pecado, fuese aquí ahora luz y claridad, para que esta mujer viesse camino para el reparo de los siervos de Dios que estaban necesitados; siendo verdad, por confesión de San Pablo,⁶ que en el nombre de Jesús se arrodillan las criaturas celestiales y terrenales y las infernales; el cual nombre, oído ahora, no sólo los arrodillaría, sino que los apartaría muy lejos de allí.

CAPÍTULO XVI. *De una carta que el siervo de Dios escribió al comisario general Cismontano, dándole cuenta de lo que se hacía en la conversión de los indios*



ESTE SIERVO DE DIOS SE DICE que escribió algunas cartas a España, dando verdadera relación del trabajo, que los religiosos en aquel tiempo tenían y del aprovechamiento de los naturales, en las cosas de la fe cristiana, las cuales, por la injuria de los tiempos, se han perdido. Una tan sola se halla impresa de molde, inserta en ciertos libros latinos, la cual

⁶ Ad Phil. 2.

me pareció traducir en romance y poner en este lugar, para que de lo susodicho conste al cristiano lector. Escribióla año de 1531, siendo custodio la segunda vez en esta provincia del Santo Evangelio, al padre fray Matías Vveinsens, de nación francés, comisario general cismontano, de la orden de los menores, la cual dice así:

Reverendísimo padre fray Martín de Valencia, custodio de la custodia del Santo Evangelio y los demás frailes de la orden de los menores, de la regular observancia, que al presente están en esta Nueva España, hijos y súbditos de vuestro padre damos la fiel obediencia y besamos las manos de vuestro padre. Nosotros ciertamente estamos puestos en las últimas partes de el mundo, en Indias, en la Asia Mayor, adonde primeramente se ha comenzado a predicar por vuestros hijos y súbditos el evangelio de Cristo, y a brotar las nuevas plantas de la fe, en los surcos que antes estaban secos. Porque la gracia de el Salvador, embriagando con el vino de su divino amor sus arroyos (esto es los predicadores de su evangelio) con las goteras de sus palabras, ha multiplicado los frutos de su labranza. Porque hablando verdad, y no por vía de encarecimiento, más de un millón de indios han sido bautizados por vuestros hijos, cada uno de los cuales (principalmente los doce que juntamente conmigo fueron enviados del reverendísimo señor cardenal de Santa Cruz, nuestro padre fray Francisco de los Ángeles, siendo ministro general) ha bautizado más de cien mil. Todos ellos (salvo yo) han aprendido la lengua de los indios o (por mejor decir) diversas lenguas de ellos, y en ellas predicán y enseñan los misterios de nuestra fe, a la innumerable multitud de gente que hay entre los mismos indios. Los niños, hijos de los grandes y principales, nos dan muy buena esperanza de la salud espiritual. Son estos instruidos de nuestros frailes y en vida y en costumbres, religiosamente criados, en nuestros conventos, que quasi veinte tenemos ya edificados, con muy ferviente devoción, por manos de los mismos indios. En otras casas, que también han edificado junto a nuestros conventos, tenemos más de quinientos niños, en unas pocos menos y en otras muchos más, los cuales están ya instruidos en la doctrina cristiana, y los hijos predicán a sus padres, en particular y en público, en los púlpitos, maravillosamente, y muchos de ellos son maestros de los otros niños. Cantan cada día las horas de nuestra señora y la misa, con mucha solemnidad y devoción. Levántanse cada noche a maitines en las iglesias, a la misma hora que los frailes. Son de tenacísima memoria, dóciles y claros, sin doblez alguna. Son pacíficos, que nunca se oye entre ellos contienda, ni alteración. Hablan mansamente, los ojos bajos. Las mujeres son de mucha honestidad y tienen, naturalmente, una mujeril vergüenza. Sus confesiones (en especial las de las mujeres) son de increíble pureza y de una nunca oída claridad. Reciben el Santísimo Sacramento de la Eucaristía con grande abundancia de lágrimas. Tienen en mucho y respetan a los religiosos, principalmente a los nuestros, porque fueron los primeros que vieron y conocieron en su tierra, y por la gracia de Dios reciben de ellos muy buen ejemplo. A ellos más en particular que a los otros obedecen, y de ellos reciben, con gran devoción, los ayunos que han de ayunar y los demás

ejercicios penitenciales. Aprovechan mucho en la doctrina cristiana y tienen mucha afición a las cosas que son de nuestra santa fe católica, y las aprenden más presto y mejor que los hijos de los españoles, para honra y gloria de Dios nuestro señor, el cual sea bendito en los siglos de los siglos. Amén. De nuestro convento de Tlalmanalco, cerca de la gran ciudad de Mexico, de la custodia del Santo Evangelio, a doce días del mes de junio, año del señor de 1531.

CAPÍTULO XVII. *De la memoria que de el santo fray Martín hay en el pueblo de Amaquemecan; y de la veneración en que son tenidas sus reliquias*



A CÉLEBRE MEMORIA QUE DE EL SANTO fray Martín de Valencia se tiene hoy día en el pueblo de Amaquemecan, demanda que de ella se haga particular capítulo y mención. Para lo cual es de saber que este pueblo, llamado Amaquemecan, cae diez o doce leguas de esta ciudad de Mexico, al oriente, en la alda de un altísimo volcán de fuego, que echa, a tiempos, por una boca que en lo alto tiene, humaradas o nubes espesísimas de humo y ceniza. Era este pueblo (según el gobierno antiguo de los indios en su infidelidad) de la provincia de Tlalmanalco, donde el varón de Dios, fray Martín de Valencia tuvo su principal habitación en vida, y donde estuvo sepultado su cuerpo más de treinta años, después de su muerte. Y no sólo aquello (que no está más de dos leguas bien pequeñas de Tlalmanalco) sino mucho más tenían, a la sazón a su cargo y de visita los frailes nuestros que allí residían. Y después de ya cristianos y doctrinados los indios, fundaron su monasterio en Amaquemecan los padres de la orden de Santo Domingo.

Tiene Amaquemecan, al un cabo de su población, entre el poniente y medio día, un cerro, quasi de la forma piramidal del volcán, bien prolongado en altura, gracioso y acompañado de alguna arboleda, de cuya cumbre se señorea y goza toda aquella comarca, que es un valle muy fresco, situado (como dicho es) al pie del volcán; y entre sus montañas, y en lo alto, a un lado del cerro, habiendo subido por él como cuarenta o cincuenta estados, pocos más o menos, está una cueva, formada de la misma naturaleza, en la viva peña, de hasta quince pies, en ancho y algo más en largo y menos de alto, a manera de ermita, aparejada de todo lo del mundo para convidar a su morada a los que tienen espíritu de vida solitaria. Fray Juan Bautista Moles, en el memorial que hace de la provincia de San Gabriel, tratando de este lugar, dice estas palabras: El lugar de Amaquemecan está como doce leguas de la ciudad de Mexico, hacia oriente, puesta al pie de una montaña altísima, del cual sale una gran boca de fuego; allí vivió mucho tiempo el santo fray Martín de Valencia, cuando aquel pueblo y los alrededores estaban a cargo de los frailes menores. Y luego prosigue: No